

LA BAILARINA DE CUMBIA

José Sainz de la Maza González

La mujer de la que te he hablado se llama Araceli. Casi todos los que acuden a su cafetería saben que ese es su nombre. Su primer apellido, Sánchez, lo conocen nada más que puñado de clientes y, de todos ellos, solamente dos o tres sabemos que su segundo apellido es Guamán.

Araceli Sánchez Guamán, siempre se ha movido con rapidez detrás de la barra, tanto que parecía como si le sobraran manos para poner cafés y desayunos, retirar los platos y tazas sucios, volver a colocar los limpios, cobrar... y de vez en cuando marcarse unos pasos de baile: los primeros compases de una cumbia. Por más llena que esté la cafetería, nadie espera demasiado tiempo a que le sirva un café esta mujer de baja estatura, que luce siempre, bajo una sonrisa de dientes blanquísimos, un impecable uniforme negro, sólo un poco más oscuro que su propia piel.

Si no fuera por eso, por lo morena que es, Araceli podría pasar por española. En su cara no hay ni rastro de los duros rasgos que enturbian los rostros de los andinos. Nada en su aspecto delata que su familia provenga del Chimborazo, en lo más alto de Ecuador. Quizá esa suavidad racial suya tenga que ver con que los Guamán de su generación no nacieron en la sierra sino en Guayaquil. O tal vez ese aspecto suyo se deba únicamente a la herencia de su padre: un hombre de ojos azules que alguna vez se deja ver en un extremo de la barra apurando una copa.

No se entiende bien cómo puede conseguirlo, pero Araceli, aún sirviendo cafés de mil maneras en tazas y vasos de todos los tamaños, sin parar un segundo entre la máquina de café, la plancha y el expositor de los bollos, siempre saca tiempo para cruzar algunas palabras con los clientes. A los desconocidos les dedica al menos un saludo al llegar y un “que tenga un buen día” al salir. Y si son de un café diario es fácil que cuenten también con algún comentario chispeante, una ocurrencia que motivará de seguro una sonrisa y de cuando en cuando, además, una carcajada compartida entre ella y el cliente. Los que, como yo mismo, somos de más de un café al día podemos, si estamos en un buen momento, hilar con Araceli en un par de minutos tres o cuatro chascarrillos de mérito. Ella entra al trapo en cuanto se le da pie, tiene ingenio e inteligencia y siempre sorprende con sus respuestas, rápidas y bien medidas, sin pasarse de la raya, nunca se ha acercado siquiera al mal gusto, a lo soez o a lo fuera de lugar, no es su estilo, te garantizo que por muy Guamán que sea, tiene clase.

Quienes sólo conocen su nombre, ven a Araceli casi fuera de la realidad, como si la barra fuera una frontera y ella un ser ajeno a su mundo, alguien en estado de permanente alegría, capaz de soportar cualquier esfuerzo, como si fuera de bronce. Pero los que conocemos sus apellidos sabíamos que eso no era del todo cierto, que tenía sus fisuras. En ocasiones atendía una llamada telefónica y su rostro se nublaba durante unos breves instantes, el tiempo casi inapreciable de una corta conversación en voz baja, y luego un gesto, a veces tomaba nota: unas cuantas palabras o números en una hoja de papel y se apagaba el brillo de sus ojos. Parecía frágil en esos instantes, como si estuviera en vilo, aunque apenas podía percibirse ese cambio porque rápidamente se sobreponía y entonces la teníamos otra vez detrás de la barra bailándose una cumbia, un reguetón o un merengue, según la melodía que sonara en ese momento en la emisora de música latina que se escucha permanentemente en la cafetería. Siempre bailaba después de recuperar el pulso tras esas llamadas telefónicas, apenas unos cuantos acordes, pero siempre bailaba.

Te aseguro que hubiera dado cualquier cosa por saber el motivo de esos lapsos. Quizá me creyera con derecho a ello por saber que se apellidaba Sánchez Guamán, por más que mi conocimiento sobre Araceli fuera superficial, administrativo, podría decirse, alejado de cualquier intimidad y por lo tanto de cualquier derecho. Todo lo que sé de ella, tanto lo más trivial como que aún no ha llegado a los treinta, que vive en un piso de Usera con su padre, el hombre de los ojos azules que se trajo de Guayaquil, y con sus dos hijos, Sonia de doce años y Pablo, de diez; como otras cosas que podrían considerarse más confidenciales, que su sueldo es más bien bajo, como no podía ser de otra manera, que está separada o que ya tiene DNI porque le han concedido la nacionalidad española, bien pues todo eso, lo trivial y lo más confidencial, lo sé porque le he hecho las declaraciones de renta de los cinco últimos años. Ella misma me pidió ese favor cuando se enteró de cuál era mi profesión, de que yo trabajo aquí.

Alguna vez aprovechando esa circunstancia, sirviéndome de pretextos como que tenía que comprobar el borrador o incluso haciéndola creer que podría conseguir alguna deducción, mintiéndola en definitiva, he tratado de indagar, de abrirme paso, de buscar alguna pista que pudiera aclarar lo que había detrás de aquellas llamadas de teléfono. Quizá ese marido que ya no lo era:

-“Araceli, ¿tu marido aporta algo para la manutención de los niños?”

-¿Ese? Pero si nunca ha trabajado. El mayor esfuerzo que ha hecho en su vida ha sido embarazarme. Y lo hice yo casi todo, no te digo más.”

O ese padre suyo cuyos ojos azules contrastaban tanto con su piel morena.

“-Araceli, ¿tu padre tiene más de sesenta y cinco años? Eso te desgravaría.

-No ayuda ni para eso, tiene cincuenta y siete.”

De manera que yo le preguntaba, pero me contestaba con poco más que lo justo, sin darme pie a otra cosa, cortándome el camino con esas maneras suyas que dominaba, con gracia y con talento, y después nada más, su boca cerrada con una sonrisa enorme de dientes blanquísimos.

¿Te acuerdas de aquella vez que cuadramos los balances a media jornada?

Salimos mucho más pronto de lo habitual. Ese día, un martes, sobre las cuatro y media de la tarde, unos minutos después de que terminara su turno en la cafetería, vi a Araceli en el metro. Al principio no la reconocí.

Estaba unos asientos por delante de donde yo me encontraba, un poco más allá del fuelle articulado que unía su vagón al mío. En todo caso estábamos a menos de diez metros, de manera que si no la reconocí de inmediato no fue por la distancia que nos separaba, sino sencillamente porque parecía otra persona o tal vez lo fuese, al menos en lo que a mí respectaba. No llevaba su uniforme negro, sino una cazadora impermeable de color blanco, con un capucha ribeteada con una tira de pelo sintético igualmente blanco y unos vaqueros muy ajustados que afeaban su aspecto, con ellos parecía tener menos estatura y más volumen. Iba acompañada de otra mujer, más o menos de su misma edad que sí tenía rasgos andinos, con altos pómulos y ojos pequeños y hundidos. Parecían tener confianza ellas dos, pero no bromeaban ni reían, simplemente conversaban de manera sosegada, tal vez en exceso; serían amigas. Hasta entonces en ningún momento se me había ocurrido que Araceli tuviese amigas, como si para mí su vida no se extendiera más allá de lo que se declara ante Hacienda.

Las observé oculto detrás de mi periódico, pero sin perderlas de vista. Dejé pasar mi estación. Cuando se apearon las seguí a distancia, parándome ante los escaparates si me parecía que iban a volverse por cualquier motivo. Conforme avanzaban, primero por una avenida ancha y transitada y más tarde por calles estrechas de barrio, me pareció percibir que Araceli renqueaba por su costado izquierdo. Ligeramente en todo caso, apenas se apreciaba. Tal vez ese fuera el motivo de que de cuando en cuando tomara el brazo de su acompañante. Hablaban de igual manera que en el metro, no debieron cruzar ningún comentario jocoso ni picante: no rieron en todo el trayecto. Llegaron a lo que parecía su destino, ocuparon el último lugar de una fila que salía de un portal, un portal normal, o más modesto de lo normal, aquel era de un barrio humilde. Para entonces Araceli cojeaba visiblemente.

Te prometo que en la barra de la cafetería nunca la vi moverse con dificultad, al revés, lo hacía con tanta rapidez que parecía a punto de levantar las tablas del entarimado. Además bailaba, ya sabes, la cumbia.

Lo hacía a menudo y siempre después de esas llamadas de teléfono que la alteraban brevemente. Esperé a que entrasen en el interior de allá donde quiera que hubiesen ido y pregunté a quien estaba entonces en el último lugar de aquella fila.

- ¿A qué esperan ustedes? ¿Dónde van?
- A que nos vea Esther.
- ¿Esther?
- Una sanadora.
- ¿Una curandera?
- No, una sanadora.
- ¿Y que sana?
- Lo que no pueden los médicos.
- ¿Cualquier cosa?
- No, sólo los huesos.
- Y aquí, en una casa les da un diagnóstico.
- No, eso lo hace siempre por teléfono.

Tres veces al día acudo a la cafetería de Araceli. A las ocho me tomo un café con leche, a las once un cortado y después de comer uno solo con hielo. Nunca está vacía, todo lo contrario, y Araceli siempre le dedica unas palabras a cada uno de sus clientes. A ella y a mí nos gusta hacernos bromas. De vez en cuando encadenamos ocurrencias, contestándonos el uno al otro, sus repentes son magníficos. Nunca ha hecho el menor comentario sobre deficiencias de ningún tipo, ni siquiera como posibilidad o como algo a lo que se teme. Llevo cinco años haciéndole las declaraciones del IRPF, siempre en los mismos términos, todo igual, ni una sola vez ha preguntado sobre desgravación o deducciones por minusvalías.

Pensé que algo sabría su padre, ese señor que parecía tan sombrío con sus ojos azules y su tez morena. Es hombre de pocas palabras, cuando aparece por la cafetería no suele apartar la mirada de sus manos o del licor oscuro de su copa. De manera que, aprovechando una ausencia de Araceli me acerqué a él. Hablamos, conserva intacto su acento ecuatoriano y su musicalidad sudamericana. Me dijo que su hija, la mejor camarera que he conocido, no puede seguir así, de pie durante horas tras la barra de una cafetería.

¿Te has hecho una idea de cómo es ella y del modo en que debe encontrarse? Pues bien, tú eres el jefe, el dueño. Todos los que trabajamos para ti en este lugar lo hacemos sentados. Así que dime que sí, dime que puedes hacer algo por una persona que no puede permanecer mucho tiempo de pie, alguien que es capaz, entre otras muchas cosas, de bailar la cumbia después de recibir una llamada telefónica de la sanadora Esther.